

LA CAMPAÑA DE
SOLIDARIDAD **PRO** →

E SPaña



*es dedicado el
beneficio íntegro
de este folleto.*

C.D.R.S. - A.E.P.

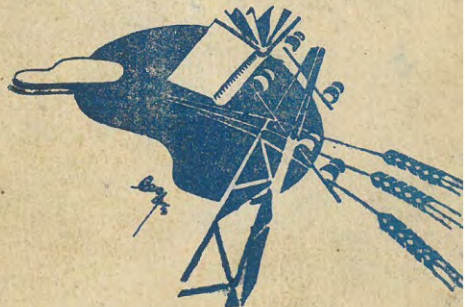
Barcelona

Precio 10 fr.

Victor Sanz
LOS

TRES →

*pilares de la
Revolución
Española*



EDITADO EN:
TOULOUSE
1945.

VICTOR SANZ.

**Los Tres Pilares
de la Revolución
Española**



01774

*Editado
por el Grupo de
Pintores de la F. L.
de TOULOUSE
M. L. E.
en
Francia*

A nuestros lectores :

Al lanzar este folleto, no lo hacemos con fines exclusivistas ni con el deseo de hacer obra por nuestra cuenta. Quien tal crea se equivoca por completo. No nos ha movido otro interés que el muy legítimo de aportar nuestra modesta contribución a dos obras que consideramos de gran importancia : la obra constructiva inherente a toda revolución que se nos planteará ineludiblemente a nuestro regreso a España y la obra de solidaridad del momento hacia todos los que padecen en su carne y en su alma la sanguinaria y cruenta tiranía franquista.

Esperamos, pues, que nuestro gesto será tomado en su verdadero sentido y que un buen numero de compañeros contribuirán, por su parte, al éxito de la empresa que nos hemos encomendado.

EL GRUPO EDITOR

C.D.H.S. - A.E.P.

Barcelona

Prefacio

Para que el árbol llegue a su completo desarrollo, se haga vigoroso y resista los embates de la tormenta, es preciso que arraigue profundamente en el suelo.

Igualmente, si las revoluciones no echan hondas raíces en el alma del pueblo y no establecen una base sólida en el terreno económico, si no trascienden de la vaguedad programática a las realizaciones prácticas de un real valor social, están condenadas a un fracaso más o menos rápido, y su existencia vacilante, desbordada por actuaciones abiertas o solapadas, acaba en un desenlace funesto que carea la indiferencia general.

Para que una revolución sea durable y efectiva es preciso que, sobre todo en ciertos aspectos fundamentales de la vida del país, emprenda, con urgencia, realizaciones vastas y concretas que constituyan los firmes pilares del edificio en construcción.

I La Enseñanza

EL principal de estos pilares es, sin duda alguna, el de la enseñanza pública. Por muy elevados que sean los fines que persigue una revolución; por muy radicales y efectivas que sean las medidas que preconiza para acabar con la explotación del hombre por el hombre, esta revolución corre el riesgo de malograrse y de retrasar sus más eficaces realizaciones si el pueblo no la ha comprendido, no ha llegado a percibir su esencia o no está a la altura de sus realidades. Es indispensable que el pueblo adquiera una firme conciencia de sus reivindicaciones y de los medios que debe emplear para obtener satisfacción. Sólo así desbaratará las combinaciones de sus enemigos y llegará al sacrificio en la defensa de sus intereses que, de esta forma, garantizará.

Es una gran verdad que, salvo en los casos de lucha violenta que decide la traición o la intervención exterior, los pueblos tienen los Gobiernos que merecen. Un pueblo culto que no haya degenerado, no será nunca esclavo porque, aunque la reacción trate de subyugarle, su fuerza natural de resistencia a la opresión desbordará, antes o después, el cauce que ésta le haya trazado, arrastrando todos los diques y ahogando, en una atmósfera rarificada, el ré-

gimen de tiranía que trataba de someterle. Un pueblo que no tiene conciencia clara de sus fines y no está a la altura de las concepciones revolucionarias que trata de hacerle comprender una élite (que se debilitarán y deformarán al aproximarse de la base) hará estériles los esfuerzos de aquélla por asegurar las conquistas ya obtenidas, seguirá dudosos derroteros para continuar su marcha adelante y, de error en error, irá anulando ventajas y cerrándose posibilidades hasta su derrota final.

Para que una revolución sea efectiva, no ha de ser, pues, obra exclusiva de una élite, sino de la masa del pueblo, lo que requiere su previa preparación. Porque nada arreglan los recursos que se consideran heroicos y supremos, ya que todas las dictaduras, por esperanzadores que sean sus comienzos, degeneran, siempre en tiranía y despotismo.

Un pueblo consciente será guía de sus propios destinos, sabrá sobreponerse a sus instintos y bienestar inmediato, ahogando los unos y sacrificando el otro en aras de definitivas y sólidas conquistas, sin dejarse adormecer por los cantos de sirena de la reacción latente. Mientras que un pueblo de ignorantes irá siempre a remolque, no será capaz de consentir el menor sacrificio y, equivocándose sobre sus verdaderos intereses, se convertirá en juguete de sus propios enemigos.

Es por lo que la reacción cultiva la ignorancia del pueblo, sabedora de que, así, aunque éste se emancipe en un sobresalto motivado por un exceso de explotación, la situación volverá a serle favorable pasadas las primeras efusiones innovatorias. Nuestro máximo interés debe ser, pues, intensificando la obra de la República, dar urgentemente

C.D.H.S. - A.E.P.
Barcelona

al pueblo un mínimo caudal de cultura que le ponga en medida de ser artífice de su emancipación y dueño de su futura existencia.

XXX

Son los hombres, con su actuación cotidiana, los que hacen las revoluciones y no los decretos ni las leyes aunque éstos influyan poderosamente por las facilidades que conceden. Como en los demás aspectos de la vida, de nada serviría que en el pedagógico se acometieran las más osadas transformaciones si se encomendara su realización, en detalle, a los fascistas de ayer. Se impone, pues, como primera medida preventiva, una seria depuración del actual personal docente. Medida que debe ser completada con la total y efectiva supresión de la enseñanza religiosa.

No puede tolerarse ya que se repita el hecho que se dió de 1931 a 1936, en que el clero docente colgó la sotana y, endosando el traje civil, hizo del estrado una barricada para continuar, impunemente, la labor que había de culminar en nuestra guerra. Hay que arrancar el alma del niño de las garras del clericalismo, porque la Iglesia, a pesar de sus piruetas, siempre estará al lado de la reacción por solidaridad de intereses. El bullicio sano y jovial de la escuela que enseña, divirtiendo, debe esfumar, en cada pueblo de España y en el más breve plazo posible, la sombra tétrica de la Iglesia que asfixia y coarta las diversas manifestaciones de la vida popular.

Al mismo tiempo hay que poner al maestro, escultor del alma del niño, a la altura que por su gran papel le corresponde como artífice de nuestra revolución espiritual. Para

ello hay que continuar la preparación de los nuevos maestros, poco más o menos en la forma iniciada por la República. Pero el futuro orden revolucionario tendrá que ir más lejos, estableciendo cursillos de capacitación para los viejos maestros que, formados según los antiguos procedimientos de enseñanza, no han entrado en contacto, por lo general, con las nuevas corrientes pedagógicas.

El maestro debe ganarse el respeto del niño, no por la coacción ni por el temor, sino por la fuerza de su propia irradiación moral. Debe atraerse la atención del escolar presentándole las lecciones de una manera amena que susciten su interés y le hagan más fácil la comprensión. Han acabado los tiempos del viejo aforismo: «La letra con sangre entra».

En lugar de imponer al niño una disciplina rígida haciéndole sentir la necesidad de encerrarse en sí mismo y recurrir a la mentira y a la hipocresía para evitar el castigo, se le debe dar una plena libertad para que se manifieste tal como es, descubriendo lo malo y lo bueno que contenga su nascente personalidad, que debe respetarse y tomarse como base para su desarrollo moral y cultural.

Esta libertad no debe ser óbice para que se trate de dar al alma infantil una nueva modalidad.

La escuela tradicional ha tratado, por todos los medios, de desarrollar el egoísmo y el orgullo del niño empeñándose en presentarle sus colegas como tantos enemigos contra los que es preciso luchar por la obtención del primer puesto. Hay que acabar con esta lucha nociva substituyendo la emulación en función de sus compañeros por la que se basa en la comparación de sus propios progresos. Los trabajos en común deben adormecer en el niño los

sentimientos personalistas despertando los de colaboración, ayuda mutua y solidaridad. Hay que hacer nacer en su espíritu la tolerancia y el respeto de la opinión ajena, destruyendo de él la intransigencia y el fanatismo.

La enseñanza de la Historia debe modificarse por completo. Hasta ahora la enseñanza de esta materia abundaba en falsedades que tenían por objeto hacer creer al niño que su país no tenía igual en la tierra, que sus hijos habían realizado las gestas más heroicas, que la alteza de miras y el idealismo habían presidido siempre los actos de la nación entera, en todas las épocas, porque las cualidades más excelsas distinguían los naturales del país de los del resto del globo. Dando una capital importancia a las narraciones de orden militar se arraigaba en el alma del niño la idea de que el grado de prosperidad y civilización de un pueblo está necesariamente en razón directa de la extensión de sus dominios. Y surgían, así, en la imaginación infantil sueños de dominación y deseos de resucitar el desaparecido imperio para que de nuevo pudiera repetirse la orgullosa frase de Felipe II de que el sol no se ponía en sus dominios. Resultaba fácil, después, a la propaganda guerrera y militarista, embaucar al adolescente, embriagado ya de ridícula y arrogante patriotía, haciéndole instrumento de los intereses de un puñado de capitalistas que ocultan siempre, en oleadas de ampulosa palabrería sus verdaderos y siniestros propósitos.

Hay que enseñar al niño, por el contrario, la verdad escueta, por cruda que sea, valorizar en él la historia de la civilización, demostrarle que los peores horrores y sufrimientos son secuela de todas las hecatombes guerreras, cuya consecuencia natural es el empobrecimiento del país.

Hay que substituir su chauvinismo por el sentimiento de la solidaridad y la colaboración internacionales, primer paso hacia la federación de pueblos libres; sus ensueños imperialistas por la conciencia de igualdad de derechos entre todos los pueblos, su admiración por los conquistadores por la debida a los inventores y hombres de ciencia y letras.

La escuela debe también valorizar, a los ojos del niño, el trabajo manual para que ocupe en su apreciación la plaza que merece. Debe prepararle, de una manera práctica y experimental, para la vida dándole una sólida base de conocimientos útiles, en lugar de ser una especie de embudo frío y estático por el que se trata de introducir en el niño un caudal de conocimientos abstractos.

La gratuidad de la enseñanza debe establecerse en todos los órdenes, haciendo que su acceso esté únicamente condicionado por la capacidad intelectual. Las ventajas de las cantinas y de las colonias infantiles deben hacerse extensivas, lo antes posible, a todas las escuelas, cuyo tope de asistencia debe ser reducido mediante la multiplicación del número de maestros.

Hogares infantiles de 25 niños como máximo y teniendo a su frente personal técnico y femenino, como los creados por Federica Montseny desde el ministerio de Sanidad, deben hacer desaparecer por completo los fríos y rígidos internados. Porque, tratando de formar generaciones en serie y, teniendo, por lo general, a su frente personal incapaz (colegios de militares por ejemplo), desde el punto de vista pedagógico, se deforma y estropea, en ellos, el alma del niño, condenándole a una disciplina cuartelaria que destruye los encantos de la infancia y le obliga a enfren-

tarse, con excesiva precipitación, con uno de los aspectos más duros de la vida.

Por el mismo motivo debe desterrarse la mayor vergüenza que constituyen los reformatorios en los que, bajo pretexto de enderezar los presuntos o prematuros delinquentes, se les impone todo un sistema de exagerada opresión que, sin investigar los motivos profundos de su anormalidad (primer e imprescindible paso para suprimirla), no busca más que reprimir por la violencia sus manifestaciones. Con lo que no se hace otra cosa que cultivar en el alma del niño o adolescente el resquemor, la cólera y el deseo de venganza (del que se le da el ejemplo con los numerosos castigos), sumiéndole así, cada vez más profundamente, en el abismo de la delincuencia y de la perversión. Centros de reeducación, donde se apliquen los más modernos métodos pedagógicos y se haga frecuente llamamiento a la Patología infantil, deben substituirlos.

Todo esto por cuanto se refiere a las generaciones futuras. Queda el aspecto inmediato de la cuestión, no menos importante. Sin embargo, la República del 31, que tanto hizo por la escuela, desdeñó este problema de la educación inmediata del pueblo, lanzando, así, los cimientos para el porvenir; pero dejando el presente a merced del viento desencadenado de la reacción.

El problema de solución más urgente es el del analfabetismo. España es uno de los países que cuenta con un mayor porcentaje de analfabetos en Europa (40 % de la población). Es, pues, necesario dar un gran incremento a la lucha emprendida durante nuestra guerra contra esta verdadera plaga social hasta su completa desaparición.

Para dar al pueblo una sólida base cultural, esta lu-

cha debe ir pareja con la generalización y extensión de las clases de adultos que deben ser organizadas en todos los pueblos, la creación de bibliotecas volantes, centros docentes para obreros y campesinos y escuelas profesionales y de aprendizaje. Hay que vaciar en su provecho las tabernas y los centros de juego, suscitando en toda la masa obrera el ansia de instruirse y dándole una nueva conciencia y otras aspiraciones.

Pero todo este esfuerzo debe hacerse extensivo a la mujer a la que hay que arrancar su caudal de servilismo, ignorancia y superstición. Su educación es tanto más importante, cuanto que es ella la que contribuye en un mayor grado a la formación de la personalidad del niño. Si elevamos a la madre elevaremos, con ella, toda una generación naciente.

La magna y bella obra de las Misiones Pedagógicas que tanto enorgullece la memoria de su fundador, Pedro Barrolomé Cossio, debe proseguirse en gran escala, haciéndola extensiva a compañías artísticas profesionales que contribuirían así a la formación de la nueva sociedad, en lugar de perder su tiempo en divertir burgueses ociosos y aristócratas indolentes.

He aquí una obra inmensa para cuya realización hemos de servirnos únicamente de los medios con que contamos. El maestro y todo el personal docente tendrá que sacrificarse; pero es preciso también que los elementos cultos de nuestros sindicatos hagan las veces del maestro allí donde éste no pueda llegar por el momento. Sólo así habremos sentado las premisas del progreso social y daremos a las generaciones futuras, posibilidades insospechadas para la creación de un mundo feliz.

II

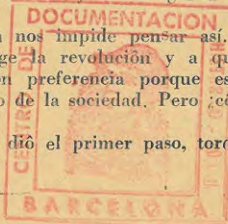
La Agricultura

EN un país esencialmente agrícola, como España, es indiscutible que el principal problema a resolver en el terreno económico es el de la tierra y que es en el campo donde debe penetrar más hondamente la revolución.

Hasta hoy, los movimientos de reforma se habían ocupado poco del campesino, tal vez porque, no siendo sinceramente revolucionarios y sabiendo que basta con conquistar el obrero del taller y de la fábrica para determinar el éxito o el fracaso de unas medidas sociales de gobierno, se contentaban con mejorar la condición del segundo sin importarles un ardite la situación del primero. El campesino seguiría sufriendo, callado y resignado como siempre, el peso de todas las explotaciones y el amargor de todas las miserias.

La sinceridad revolucionaria nos impide pensar así. Es al campesino a quien más urge la revolución y a quien la revolución debe atender con preferencia porque es él el ser más explotado y oprimido de la sociedad. Pero ¿cómo redimirle?

La ley de Reforma Agraria dio el primer paso, torcido



e incompleto, es cierto, pero paso adelante al fin y al cabo, hacia la redención inmediata del campesino; pero d gran paso, audaz y decisivo éste, se dió durante nuestra guerra con el nacimiento de las colectividades.

Hay que seguir por este camino que es el verdadero; pero rectificando los errores cometidos. Error fué, y muy grande, obligar a los pequeños propietarios a formar parte de la colectividad como se hizo en bastantes sitios. A nadie se le puede obligar a ser dichoso, porque tan sólo la conciencia de esta coacción quita ya una parte de su encanto a la felicidad.

El campesino que entra a disgusto y contra su voluntad en una colectividad puede hacerla fracasar u obstaculizar su buena marcha con su pasividad y mala voluntad, con su constante obstrucción e irritabilidad. Y en él podrá apoyarse siempre el movimiento de reacción contra las colectividades que correrían el riesgo de desaparecer porque, hoy por hoy, la inmensa mayoría de los campesinos son anticolectivistas.

En ellos está profundamente arraigado el sentimiento de la propiedad. Son felices al poder recontemplar en «su» granero «su» trigo, «sus» patatas, «sus» remolachas, como un tesoro del que creen poder disponer a su antojo, sin darse cuenta de que son sus verdaderos esclavos. Capaces de soportar las mayores privaciones y las más duras injusticias en un régimen social hostil, se rebelarán indignados contra el menor atentado a su propiedad. La revolución rusa tuvo que hacer marcha atrás ante la intolerancia y el apego a la tradición del pequeño propietario que no aceptaba la colectivización. En España, es en sus medios donde hay que buscar los únicos colectivistas detractores

de las colectividades. Y ninguna propaganda podrá convencer esta masa más que la propaganda de los hechos.

¡Fórmense, pues, sin ellos, las colectividades! Sería peligroso comenzar por enajenarnos la masa de los propietarios rurales porque la agricultura, repetimos, es la base de nuestra economía y es allí donde nuestra revolución ha de lograr el éxito más concluyente.

Argüirán algunos que si las tierras de la explotación colectiva se limitan a las aportaciones voluntarias sus límites no serán muy amplios, sobre todo en las regiones que no han vivido la experiencia colectivista, y su desenvolvimiento resultará, por tanto, muy penoso. Pero es que, sin recurrir a la adhesión obligatoria hay otros recursos para extender los límites de la colectividad con otros terrenos que podrán añadirse a las propiedades ya colectivizadas.

Figuran en primer término los bienes comunales que, por razón de utilidad pública, pueden ser añadidos a aquéllas. Existen también los latifundios cuyos propietarios, en su inmensa mayoría, han apoyado a Franco, motivo de sobras suficiente para que sean expropiados. Y hay, por último, los terrenos incultos que deben serlo igualmente por razones de utilidad general.

Como el campesino asalariado tendrá todo interés en adherir a la colectividad, que encontrará, así, su mano de obra indispensable, los límites de las propiedades individuales se irán reduciendo de hecho, sin necesidad de una ley especial, porque la total explotación de las grandes propiedades no podrá asegurarse ya y los terrenos improductivos irán pasando a la colectividad como ya hemos indicado. Pronto, pues, la pequeña propiedad quedará re-

ducida a lo que cada familia pueda trabajar directamente.

Pero ya las ventajas de la colectividad comenzarán a manifestarse a los ojos de todos y los menos reacios o los que tengan que trabajar en peores condiciones se sumarán a aquella, aumentando sus posibilidades.

La lucha del propietario contra la explotación colectiva, provista de la mayor cantidad posible de maquinaria gracias al necesario desarrollo de la industria agrícola, será dura. Muchos propietarios se rendirán a la evidencia y, poco a poco veremos la masa de individualistas acudir, sin que nadie la obligue ni se lo pida, humilde y contrita, ante la colectividad para integrarse en ella. Y si hubiera quienes, cargados de años y de prejuicios, resistieran a todo, es seguro que sus hijos, desarrollados en otro ambiente, no seguirían su ejemplo.

A nadie se le oculta que para ganar esta batalla en el más breve plazo posible y aumentar al mismo tiempo el bienestar de los colectivistas, la industria agrícola del país tendría que trabajar a pleno rendimiento para proveer una parte de la maquinaria necesaria, supliéndose las restantes necesidades con la importación. España está muy atrasada en este aspecto y es urgente redimir al campesinado español del pesado tributo de su trabajo exclusivamente manual, introduciendo la maquinaria allí donde sea posible.

A los efectos de la coordinación de la producción, es evidente que todas las colectividades deben estar federadas o confederadas en el plano provincial, regional y nacional. Y al hablar del plano regional nos referimos, naturalmente, a la región natural y no a la región política.

Otros problemas a resolver con urgencia son el de la

intensificación y ampliación de cultivos y el de la extensión de la zona de regadío.

Se calcula que España posee cerca de treinta millones de hectáreas de tierra sin cultivar, cifra que podría reducirse considerablemente, en primer lugar cultivando las inmensas praderas donde pacen los toros de lidia, aumentando la densidad de población (lo que no sería un problema) y regularizando el curso de los ríos mediante la construcción de diques de contención, pantanos y canales.

En lo que se refiere a la intensificación y ampliación de cultivos, hemos de tener presente que en Murcia y Almería, por ejemplo, podría producirse el café, al mismo tiempo que el cultivo del algodón y el maíz (que encuentran condiciones favorables en la cuenca del Guadalquivir y litoral mediterráneo el primero, y en la zona cantábrica y meridional el segundo) puede intensificarse bastante. Lo mismo ocurre con la vid, para cuya producción es apto casi todo el suelo nacional.

En las regiones cantábrica, pirenaica, extremeña y andaluza, la riqueza forestal debe y puede ser aumentada, compensando así la tala excesiva de que ha sido objeto el pueblo español. El cultivo de la seda, que tanto ha decaído en España (Valencia y Murcia daban antiguamente la producción más importante de Europa) mientras se ha conservado en Italia, debería recobrar parte de su antiguo esplendor. Lo mismo cabe decir de la ganadería.

Si se constata que un terreno de regadío quintuplica el valor de la producción de uno de secano y se recapacita que en España una superficie de cinco millones de hectáreas de secano pueden convertirse en zona de regadío, se comprenderá fácilmente la urgencia de esta gigantesca

e inaplazable transformación. Parte de las provincias de Alicante, Murcia, Almería, Málaga, Zaragoza, Toledo y otras beneficiarían de ella.

El plan elaborado por Lorenzo Pardo preveía veinticinco años para hacer beneficiar de las mágicas ventajas del riego una tercera parte de esta superficie o algo menos. Nosotros podemos y debemos ir más de prisa.

Un ejemplo de lo que esta magna obra supondría nos lo da la plana de Urgell, cuyo sistema de riegos ha quintuplicado, en sesenta años, el valor de la producción y aumentado su población en un cuarenta por ciento. La producción normal de trigo, que es insuficiente para las necesidades de la vida nacional, aumentaría hasta la suficiencia. Y, sobre todo, se aliviaría la gran tragedia de los habitantes del litoral sud-oriental español, que todos los años sufren terriblemente por la falta de agua. Es preciso, pues, llevar lo antes posible, y tan lejos como se pueda, el maravilloso impulso del agua, fuente de prosperidad y de bienestar.

Todo esto en cuanto al aspecto material del problema se refiere. Nos queda por ver su aspecto moral, que también existe.

Todos los países capitalistas se quejan del éxodo del campesino hacia la ciudad, que produce la consiguiente despoblación del campo. Y quejándose de ello, los respectivos Gobiernos no han hecho otra cosa para evitarlo que inundar de propaganda muros y publicaciones. ¡Como si todas las frases del mundo, por bellas que sean, pudieran algo contra la realidad de una vida menos penosa y más confortable y divertida!

Si se quiere, en realidad, que el agricultor no aban-

done el campo, ¡mejórense sus condiciones de vida! Ya en España, tras la revolución que preconizamos, el campesino emigrará mucho menos a la ciudad. Pero si queremos evitar por completo esta emigración, sigamos el ejemplo de Mahoma cuando dijo: «Si la montaña no viene a mí iré yo a la montaña». Pues bien: para evitar que el campo huya a la ciudad hay que llevar la ciudad al campo.

¿Cómo? Dando al campesino un máximo de vida confortable, llevándole los espectáculos de la ciudad mediante «tournées» cinematográficas y teatrales allí donde no pueden establecerse espectáculos fijos, no sólo con fines culturales, como hacían las Misiones Pedagógicas, sino también con fines de diversión a la que el campesino tiene perfecto derecho, tanto o más que los demás, puesto que de él viven los otros trabajadores.

Hay que elevar, en una palabra, el nivel moral, material y cultural del agricultor, como merece por su constancia en el trabajo y la importancia e intensidad del mismo. Así llegarán la alegría y la felicidad al campo, que, al fin libre, quedará definitivamente conquistado para nuestra causa.

III

Las Comunicaciones y las Obras Públicas

LOS organismos sanos y vigorosos poseen una circulación sanguínea fácil y rápida. Una circulación lenta y dificultosa, en cambio, repercute sobre el organismo, que se debilita y enferma.

Las vías de comunicación de un país son otras tantas venas y arterias (de aquí la gran propiedad de este calificativo que se ha dado en acordarles) por donde circula su savia, «su sangre», en forma de materias primas y productos industriales y agrícolas. Un país sin vías de comunicación es un país pobre que se desarrollará lentamente; mientras que, por el contrario, uno bien provisto de ellas aprovechará al máximo sus riquezas y se desarrollará rápidamente, haciéndose rico y próspero. Lo que, al mismo tiempo que una consecuencia, es un síntoma, ya que los pueblos pobres no pueden ser ricos en vías de comunicación, porque para construir éstas se necesita dinero. Por rico que sea un país, sin embargo, si no puede intercambiar sus riquezas y sus escasas vías de comunicación no son suficientes para asegurar una rápida circulación comercial, la vida se estancará y nunca llegará el país a la prosperidad económica. De nada le servirá a una región contar con

numerosas riquezas si no puede darles salida de una manera conveniente y no puede procurarse por otra parte, en la escala debida, los materiales o productos que necesita. Y para las regiones miserables el problema adquiere, como es natural, más agudos caracteres.

Cuando se quiere acabar, en una guerra, con la potencia de un país, se comienza por imposibilitar sus transportes mediante la destrucción de sus principales arterias. Un ejemplo concluyente de la importancia que tienen los transportes para la vida de un país, ejemplo del que sufrimos las tristes consecuencias, lo tenemos actualmente en Francia, aunque el problema obedezca también a otras causas. Este país nos presenta la realidad de regiones ricas donde se pudren las materias excedentes de su producción, mientras que regiones no muy alejadas sufren de la penuria y la carencia de estas mismas materias. Tenemos, igualmente, ciudades como Toulouse, donde el hambre hace su aparición, rodeadas de tierras que en varios aspectos deberían cubrir sus necesidades. Pero numerosos ejemplos de esta clase los tenemos, desgraciadamente, en España. Más graves, porque allí obedecen a la falta de carreteras, caminos vecinales y ferrocarriles, problema de más difícil solución que la falta de transportes. En Galicia, por ejemplo, sobre todo en Orense, abundantes yacimientos minerales, numerosos manantiales de aguas medicinales, las maderas de construcción, no pueden explotarse por faltas de vías de comunicación. Por el mismo motivo, León, Teruel, Lérida, Granada y tantos otros lugares de España, dejan por explotar una buena parte de sus riquezas naturales o industriales.

Pero es que, además, el progreso material de nuestros

tiempos es, en gran parte, debido a la abundancia de carreteras y ferrocarriles que imponen al mundo una marcha más homogénea y, por tanto, más rápida, pues los adelantos de un país son aceptados por otro tan pronto como tiene conocimiento de ellos. También el progreso cultural de un país depende, en buena proporción, de la abundancia de vías de comunicación. La vergüenza que constituyen en España las Hurdes y las Batuecas, por ejemplo, tiene su raíz en una cuestión de comunicaciones. Los pueblos más incultos de Europa son los que cuentan con una red de ferrocarriles y carreteras menos extensa.

España ha estado enormemente descuidada en este aspecto, como en todos, por los distintos Gobiernos que se han sucedido en el transcurso del tiempo, «empeñándose en hundirla», como decía Bismarck. En las regiones montañosas sobre todo (y España es, después de Suiza, el país más montañoso de Europa), las vías de comunicación brillan por su ausencia. Hay pueblos que sólo cuentan, para relacionarse con el exterior, con escarpados senderos que sólo los mulos y las personas pueden recorrer. Tan sólo Cataluña, Valencia y las Vascongadas poseen una red aceptable de comunicaciones, sin que esto quiera decir que no quede nada por hacer.

Así, pues, si se quiere de veras el rápido desarrollo cultural, agrícola, industrial y comercial de España, será preciso, en primer lugar, acabar los ferrocarriles que estaban ya en construcción antes de la guerra y que Franco, seguramente, no ha acabado todavía. Entre ellos destaca por su importancia, su urgencia y su necesidad, la línea Cuenca-Utiel, que ha de facilitar enormemente las relaciones de la capital de la República con el litoral mediterráneo.

Igualmente habrá que perfeccionar todas las carreteras construídas durante la guerra con fines estratégicos. Pero es necesario también construir muchos ferrocarriles, carreteras y caminos vecinales nuevos, llevando a todas las zonas de alguna importancia minera, industrial o agrícola, el rail y el asfalto en las mejores condiciones posibles y despertando, con el trepidar de los camiones y el silbido de las locomotoras, los pueblos más recónditos de España que duermen, a través de los siglos, el sueño de la incultura más completa y de la más sórdida miseria.

Simultáneamente han de intensificarse las comunicaciones fluviales. De todos los ríos de la Península que desembocan en el litoral español, tan solo el Guadalquivir es navegable, y ello desde Sevilla, cuando antiguamente lo era desde Córdoba. El Ebro tan sólo es navegable hasta Tudela, cuando podría serlo hasta Miranda o, por lo menos, hasta Logroño. El canal de Amposta a San Carlos de la Ràpita, cegado por los aluviones, ha quedado inutilizado para la gran navegación. El Ter podría hacerse fácilmente navegable desde Gerona hasta el mar, es decir, cerca de unos cincuenta kilómetros.

Pero no sólo desde el punto de vista de la vida de relación, sino también en otros aspectos, como ya hemos indicado en otro lugar, las obras hidráulicas tienen una importancia capital en España. Son indispensables, en gran escala en la depresión del Ebro y en todas las zonas susceptibles de transformarse en terrenos de regadío, como quedó indicado en el capítulo anterior. Se calcula, en este aspecto, que 50.000 millones de metros cúbicos se vierten todavía inútilmente en el mar.

Por otra parte, los ríos de la vertiente cantábrica son

aprovechables para usos industriales. Es preciso tener en cuenta también que las inundaciones son frecuentes en España, sobre todo por parte de los ríos de vertiente mediterránea, por lo que la construcción de diques y muros de contención, de que ya hemos hablado, sería en extremo necesaria.

Son, pues, las obras que tienen alguna relación con la agricultura y las comunicaciones, las que el nuevo Estado español debe atender con mayor solicitud, sin que por ello se deban descuidar las restantes y, menos aún, las que entren dentro del cuadro de la reconstrucción de lo que nuestra larga guerra destruyó, y las encaminadas a asegurar al trabajador un mínimo de vida confortable y digna.

C.D.H.S.-A.E.P.
Barcelona

Consideraciones finales

NO son éstos, ciertamente, los únicos problemas que en España piden una pronta solución. En otros órdenes de cosas hay, indudablemente, otros problemas más importantes que alguno de los que hemos enumerado; pero, sin duda de ninguna clase, estos últimos son los primordiales, tomados en bloque, los que tienen un mayor relieve y una mayor importancia para el futuro inmediato de España.

Nadie puede fingir ignorar, sin embargo, que esta obra inmensa, de la que no se ha hecho más que un bosquejo, no puede realizarse en un abrir y cerrar de ojos. Para llevarla a cabo en su totalidad serán precisos muchos esfuerzos y sacrificios, mucho dinero y bastante tiempo. No se ha tratado aquí más que de subrayar su importancia y su inaplazable urgencia. Porque, a pesar de todas las dificultades, es preciso que se realice a un ritmo acelerado, en un tiempo «récord», para lo cual hemos de sumar todos nuestra aportación por pequeña que sea. Pero también será necesario que los futuros poderes públicos dediquen toda su energía a facilitarla y hacerla posible.

Era explicable que la República parlamentaria, proclamada con el asentimiento de una buena parte de las clases conservadoras, temiera irritarlas demasiado y, demasiado

esclava de la ley, en este aspecto, no se decidiera a adoptar una actitud enérgica. Pero mañana, cuando el fascismo español se hunda en el oprobio y la reprobación general, nosotros no podremos tener en cuenta estas consideraciones, por el simple hecho de que la reacción nos ha dado el ejemplo haciendo tabúa rasa de la legalidad, de la prudencia y hasta de los sentimientos humanitarios. La posibilidad de que en España se hiciera una revolución lenta y pacífica, ha sido desdeñada por ellos, y ellos son los que la han imposibilitado en sus primeros pasos. No corresponde, pues, al proletariado español hacer nuevos ensayos en este sentido. Excesivo es el retraso que en su marcha espiritual y material sufre nuestro pueblo, y enormemente abusivos el cerrilismo y la intransigencia de sus clases dirigentes para que puedan detenerle consideraciones de esa naturaleza. Esta obra deberá, pues, llevarse a feliz término con la mayor energía, la mayor rapidez y la mayor decisión posibles.

Una parte de ella podrá realizarse desde los Municipios por la exclusiva iniciativa popular. Pero otra buena parte tendrá que hacerse desde los estamentos del Estado, puesto que no puede ser cuestión, por el momento, de su desaparición. Es por lo que, en los momentos en que los viejos moldes estatales van a refundirse para adoptar nuevas formas, no podemos estar ausentes ni desentendernos de esta obra si queremos que se haga en lo posible a medida de nuestros deseos. Nuestra presencia será la mejor y la más sólida garantía.

¿Que es una concesión? ¿Qué duda cabe! Pero una concesión que ha de traer una completa transformación del

Estado, tras de la cual podremos recobrar nuestra libertad de acción. Y como, de todas formas, tendremos que vivir todavía bajo la autoridad de un Estado, querámoslo o no, el más elemental sentido de la realidad y de la máxima conveniencia nos aconseja que, ahora que podemos, pongamos todo en obra para que su perfil resulte lo menos agrio posible. Lo que, al mismo tiempo, nos aproximará a nuestra meta, porque una situación parecida nos permitirá la libertad de acción suficiente para preparar las bases de la realización de nuestros ideales, con probabilidades acrecentadas.